

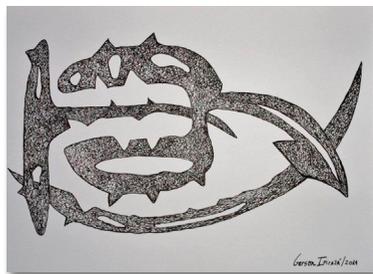
Para una sociología posbourdieuana: la cultura a la deriva y los conflictos de un Chile convulso

MODESTO GAYO

RESUMEN

Los recientes conflictos sociales y políticos desatados en Chile sitúan a la cultura en un lugar de cruce de narrativas de cambio y expresiones artísticas plurales. En este artículo, se argumenta que la inversión de nociones clave del acervo intelectual de Pierre Bourdieu es una vía fructífera para entender el momento histórico del país desde una perspectiva cultural.

PALABRAS CLAVE: Bourdieu. Cambio cultural. Territorio y cultura. Arte y política. Méconnaissance o desconocimiento.



For a post-Bourdieuian sociology: culture adrift and the conflicts of a convulsed Chile

ABSTRACT

The recent social and political conflicts unleashed in Chile place culture at the crossroads of narratives of change and plural artistic expressions. In this article, I argue that inverting key notions of Pierre Bourdieu's intellectual contribution is a fruitful route to make an account of that country's historical moment from a cultural perspective.

KEYWORDS: Bourdieu. Cultural change. Territory and culture. Art and politics. Méconnaissance o misrecognition.

MODESTO GAYO

Profesor titular en la Escuela de Sociología de la Universidad Diego Portales, Santiago, Chile. Sus áreas de especialización son: la desigualdad cultural y la reproducción social, junto a la sociología de la clase media alta y las élites, con especial atención a su comportamiento político.
E-mail: modesto.gayo@udp.cl

RECEBIDO: 28/06/2021

APROVADO: 12/10/2021

1 Aparición y desaparición del individuo, y la emergencia de la clase¹

A pesar de lo que pueda parecer, la obra de Pierre Bourdieu desactiva la noción de clase, sustituyéndola por una miríada de individuos (y se podría decir también “posiciones”) caracterizados en base a su disposición o acumulación relativa de recursos (o “capitales”). La célebre “estructura estructurada estructurante”, o *habitus*, invoca al sujeto (Bourdieu, 1979). Es cierto que lo convierte en una correa de transmisión de los capitales, al mismo tiempo que reivindica al nivel microsociaI como un momento clave de la acción. La clase queda restringida a lo político, definida aquélla desde rasgos múltiples (los dichos capitales), desde los cuales puede capitalizarse individualmente. En otros términos, el autor francés disecciona la clase social cambiando su sentido a través de la multiplicación de los frentes de batalla, y de un modo definitivo erosionando la orientación de clase/obrerista (ahora una más entre las luchas de género, etarias, u otras). Por ello, no se puede más que constatar que adopta una idea de dominación excesivamente plástica, lo que termina por confundir la orientación de su carga crítica, a menudo orientada a hacer sobresaliente la división dentro de las posiciones dominantes (capital económico frente al cultural), invisibilizando o desestimando a la clase trabajadora. En relación con ello, es justamente determinante el protagonismo dentro de la clase media alta (los dominantes) de aquéllos con mayor capital cultural, tomando el papel de nuevos agentes críticos, enfrentados al capital económico. Podríamos decir que incorpora una agenda propia de los intelectuales gramscianos (Gayo, 2017), pero esta vez no orgánicos o sin partido, finalmente individualizados.

El trabajo de clase de Bourdieu, que se podría calificar de estructuración blanda o abierta, es un paso decisivo, inconsciente o no, hacia otorgar relevancia central al individuo, cada vez menos sujeto a su condición principal como un ser de clase o clasificado. Los conflictos dentro de los campos sociales entre recién llegados

1 El presente artículo se escribió dentro del proyecto FONDECYT Regular 1190094, financiado por la ANID del Gobierno de Chile.

y los que detentan las posiciones dominantes del momento, la violencia simbólica y sus fronteras difusas y abiertas, la emergencia del género como temática que acelera la destrucción de divisiones sociales de las sociedades previas, a menudo entendidas como “tradicionales”, el desencaje o “mismatch” entre *habitus* y posición en el campo, son todos ellos fenómenos que degradan el lenguaje marxista de clase a través de la irrupción de un actor que se fragmenta entre el peso y la densidad de su trayectoria, por un lado, y la llamada a hacerse un espacio en un mundo en disputa.

Teniendo en cuenta el declive del marxismo, en el marco del cual la expansión del lenguaje bourdieuano forma parte del léxico de las voces que mantuvieron un cultivo y compromiso con la escuela de pensamiento social de tenor crítico, y la consiguiente aparición tímida o callada del “individuo”, la obra de Beck y Beck-Gernsheim (2001) vino a potenciar la presencia de dicha noción. En sentido estricto, aquí no interesa referirse a la interpretación de las tendencias descritas en la cultura de Alemania, sino en cómo tal entidad aterriza en Chile como un vocabulario que podríamos calificar de progresista o crítico, cuando el marxismo y la clase social estaban proscritos de facto, principalmente en la transición a la democracia y los años 90, cuando se instaló un nuevo régimen en un mundo cuasi mixto de democracia vigilada y autoritarismo encubierto².

Si bien esta es una historia de mayor complejidad, podemos detenernos en un momento de la propuesta de la noción de individuo como epistemología y metodología que suponen y construyen una ontología de lo político desde la que el entorno social e institucional del sujeto individualizado (o individuado) devienen fuentes de hostilidad, viéndose el mismo obligado a formas de resistencia que conducen a la interiorización de un conflicto con el ser social, entendido en casos extremos definitivamente como adverso (Araujo, 2016)³. El informe del PNUD de 2002 representa de

2 En este contexto, se plantea la tesis de la presencia en el país de un clivaje autoritarismo-democracia, adicional al que cruza entre la derecha y la izquierda, cuya naturaleza consistía en la sobrevivencia de una lealtad al régimen pinochetista (Tironi et al., 2001; Ortega, 2003; Torcal y Mainwaring, 2003).

3 Un análisis de este trabajo puede verse en Gayo (2017).

forma nítida y paradigmática dicho momento (PNUD, 2002). Desde su título, entiende como cultural el desafío de pensar un “nosotros los chilenos”, esto es, existe el yo pero no necesariamente un plural con el que encajar. En el marco de un largo proceso de modernización, de secularización con respecto a las identidades tradicionales (religión, clase, género), el individuo necesariamente se cuestiona sobre su ser social, y en este sentido también sobre su cultura en mayúsculas (tradiciones, pertenencia, referentes colectivos personales e institucionales). Es por ello una cultura a la deriva, un continente sin contenido preciso, de algún modo en manos de un actor dubitativo, de un colectivo en definición en tiempos de inestabilidad producida por cambios acelerados e irreversibles. Así lo será hasta la actualidad, y parece definitivamente errado sostener otra cosa, pues es innecesario, históricamente ilógico e improbable que las incertidumbres y disputas presentes se hayan producido por sí mismas, de forma espontánea y mágica. Muy por el contrario a esto último, quiero sostener que la implosión de la subjetividad individualizada, carente de un proyecto plausible autoguiado, y por tanto la insoluble tensión individuo-sociedad, junto al conflicto político que les acompañó dieron lugar a una convulsión cultural de similares proporciones.

Sin embargo, no se puede simplemente dar un paso adelante en la argumentación sin entender que las condiciones de enfrentamiento y reflexividad sociales, íntimamente vinculadas entre sí, se desarrollaron en contacto estrecho con una narrativa del conflicto permeado por la idea de desigualdad. En este sentido, es posible entender el protagonismo adquirido por la noción de clase, cuya emergencia ha sido el producto en gran medida de un sostenido trabajo académico e investigador desde múltiples frentes disciplinarios (sociología, economía, historia, antropología) y a diferentes escalas territoriales (desde los agravios y conflictos locales a las nuevas grandes narrativas globales) e institucionales (ONGs, universidades, organismos internacionales). Desde las explicaciones macro- (Piketty, 2014) y micro- (Keister, 2005) estructurales, pasando por la acumulación asimétrica de capital cultural (Gayo, 2020; Bennett et al., 2021), hasta el interés por fenómenos como la movilidad social (Méndez y Gayo, 2007), la emergencia de las clases

medias (Méndez, 2010) o su eventual declive (Barozet et al., 2021), la atención a las élites y las clases medias altas (Méndez y Gayo, 2019), o la mirada microscópica a las clases populares (Angelcos y Méndez, 2017), la desigualdad se convirtió en un caballo de batalla político que arribó a una gran diversidad de áreas de la vida social como una forma intelectualizada de comprender la vida social, y también como una manera introyectada a partir de la cual los ciudadanos comenzaron a entender de forma sobresaliente su experiencia cotidiana y sus expectativas sobre el porvenir. Sobre la base de una sostenida historia previa, las formas de comprender y/o sentir el territorio urbano (la ciudad) y las herramientas y procedimientos artísticos empleados para manifestar tomas de posición convirtieron a la cultura material y la disputa por la significación de los espacios en dispositivos esenciales de un movimiento social que amenaza con transformar las viejas certidumbres y los hitos dados por descontados (esculturas, nombres de calles, edificios) en una cultura en ruinas, al modo de una piel que se pierde en el proceso de producción de una nueva.

2 Del paisaje nacional a las disputas por el territorio

Los estudios sobre desigualdades y luchas basadas en diferencias económicas o culturales han tenido como un lugar privilegiado el espacio nacional. Desde *La distinction* de Bourdieu (1979), pasando por trabajos como los de Erikson y Goldthorpe (1993), hasta llegar a los múltiples ejemplos de estudios sobre capital cultural (Purhonen y Wright, 2013; Gayo, 2020; Bennett et al., 2021, entre muchos otros), los casos nacionales han sido moneda corriente en la construcción de objetos de estudio. Generalmente en base a muestras representativas del territorio estatal, los indicadores y las disputas entre estratos económicos y culturales han permitido entender bien inequidades propias de las estructuras sociales, al mismo tiempo que problematizaban al individuo, carente de recursos o no, y, quizás lo más importante aquí, produjeron retratos detallados y fijos. Se sostenía que la cultura era un recurso en torno al cual había un conflicto por su apropiación, con el objetivo de obtener una ventaja relativa, pero los detalles de

tal confrontación dinámica se observaban a menudo ausentes. A propósito de ello, quiero argumentar que la deriva efectiva de la cultura se juega a tres niveles: en 1. territorios específicos, 2. a través de disputas estéticas politizadas o políticas estetizadas, y 3. en cuanto a una denuncia de reglas del juego que se orienta a hacer obvio que la dominación no mantiene en la ignorancia al subordinado. En este apartado trato lo primero, el aspecto territorial, y en los dos siguientes hago una propuesta sobre los dos elementos adicionales.

Las clases abstractas o nacionales adquieren rostro en los conflictos localizados. La geografía simbólica urbana, y se podría decir que rural también, entra en procesos de eventual desestabilización en el mismo momento en que las disputas políticas por la hegemonía se territorializan. El “derecho a la ciudad” del que habla Renne (2010) proyecta una disputa, es decir, no está garantizado a través de un aparato constitucional/legal o por vía de hecho. Ni está garantizado el “derecho a la cultura”. A propósito de ello, el territorio deviene un espacio de cuatro dimensiones, producto de la integración, con frecuencia tensionada, de la realidad física 3D más la significación humana de su existencia. En otras palabras, el conflicto vuelve sobre el espacio que habita para movilizarlo en beneficio de causas particulares que convocan a un todo mayor para proclamar su presencia pública en la metrópolis que habla, o intenta hablar, por todo el país. Esta es la forma de un pueblo (Santiago) que se hace portavoz de un demos nacional (Chile); es la manera en que un lugar, como la plaza Dignidad, anterior y todavía formalmente plaza Italia/Baquedano, habla por una ciudad. Es por ello que este punto geográfico deviene un nodo cultural-país. La plaza es una fábrica que contribuye decisivamente a “demoler constructivamente” (González Martínez, 2021) el pasado como paso elemental para abrir un porvenir que represente a la comunidad imaginada naciente⁴.

La “disputa cultural” es un sintagma polisémico. No estamos simplemente en una desaparición o debilitamiento de las identidades tradicionales para dar la bienvenida al tiempo de la

4 En un sentido similar, Márquez et al. (2020) hablan de “destrucción creativa”.

individualización (Beck y Beck-Gernsheim, 2002) del post-socialismo real (por realmente realizado), aunque siempre se puede recurrir al hecho de que efectivamente las multitudes en movimiento son producto de la agregación de las unidades individuales, también subjetividades, que hacen factible el todo. Frente a ello, el encuentro de sujetos atados a variadas identidades y pertenencias se hace explícito y es una marca del conflicto que se produce entre partes que aspiran a diferentes órdenes económicos, políticos y culturales. Los movimientos sociales urbanos se toman las calles bajo banderas diferentes y claramente reconocibles: gays, lesbianas, mapuches y ecologistas, junto a sindicalistas y estudiantes (Fernández, 2013). El tiempo de las clases sociales no desaparece, sino que debe convivir con una variedad de causas que en su funcionamiento sistémico e inevitable interacción reducen el imaginario obrero a la parte de un todo, en lugar al todo siendo una parte, como había sucedido en tantos momentos previos imaginados desde la mitificación de la revolución. En este sentido, la cultura difícilmente puede ser reducida a la jerarquía que impone la acumulación de capital cultural, y la pluralidad cultural, las “culturas”, alcanza un estatus de reivindicación colectiva que hace justicia en la medida en que permite no tanto la igualdad entre los individuos, sino la creación de las condiciones para la expresión en libertad de sus identidades, en el pasado frecuentemente subordinadas (obrero, femenina), proscritas (homosexual y de las diversidades) o invisibilizadas (étnica mapuche, negra/afro-sudamericana). Si el capital cultural es una expresión de clase, la reivindicación identitaria plena es un fenómeno potencialmente interclasista producto de la libertad de tomar el espacio público actuando un nosotros diferente al nacional dominante y sin una ligazón necesaria con intereses material/económicos. En este sentido, la cultura legítima se vuelve plural desde el momento en que capitalización cultural y expresión identitaria son considerados equivalentes por ser igualmente necesarios para el desenvolvimiento de una democracia efectiva, superando las etapas donde se

decía vivir en un régimen de democracia “restringida” (Rodríguez Mancilla et al., 2020) o “precaria” (Márquez et al., 2020)⁵.

Refiriéndose a las movilizaciones del 18 de octubre de 2019 en Chile, Rodríguez Mancilla et al. sostienen que “la rebelión social da cuenta de un triple movimiento: la ruptura del consenso neoliberal, la politización de lo social y el fortalecimiento del poder local en la ciudad” (2020: pp. 203-204). Esto es de notable interés porque, inspirados en dicha afirmación, se podría argumentar que lo que sucede en relación con la cultura es una salida de la individualización mediante la búsqueda de un consenso comunitario, aunque sea de mínimos; una socialización de lo político a través de la crítica al concepto de representación y efectivamente de mediación vía el mandato representativo, dentro de lo cual no salen bien paradas las instituciones estatales o públicas (Barozet et al., 2021); y un debilitamiento del poder político central, y de la ciudad aristocrática en lo cultural. La cultura a la deriva tiene viejos adversarios y nuevos referentes, pero carece de una base estable de acuerdo suficiente para la producción de una comunidad emergente. Si la deriva se consolida, será difícil leer los espacios nacionales desde una perspectiva cultural, para aparecer crecientemente la cultura en plural, las referidas culturas, en la forma de un archipiélago donde el ejercicio hermenéutico de comprensión mutua será una herramienta imprescindible de interrelación horizontalizada entre las islas-cultura, al mismo tiempo que una fuente permanente de inestabilidad en la construcción de un nosotros comunitario, del que tanto se habla, poniéndole paradójicamente barreras fundamentales a su formación. En consecuencia, nosotros dejamos de ser todos para ser un conjunto identitario culturalmente cohesionado, dentro de una multitud de nosotros, a costa de un todo que se deshace, al menos mientras dura la reivindicada “transformación social”.

5 Es por ello lógico que en este mismo trabajo de Márquez et al. se afirme que en los movilizandos hay una “búsqueda de una democracia más sólida” (2020: p. 113). Asimismo, en Fernández-Droguett se sostiene que “la idea de falta de democracia como marco político del espacio actual y de sus usos se repite” (2017: p. 108) en personas entrevistadas.

La noción múltiple de “territorios”⁶ (Caulkins et al., 2020; Rodríguez Mancilla et al., 2020) apunta justamente a reconocer dicha diversidad, aunque sea en principio desde un punto de vista urbano y socioeconómico. En este sentido, las batallas de la plaza Dignidad en Santiago de Chile no pueden ser reducidas al léxico de la “violencia”, sino que funcionan como mareas que amenazan con desplazar del centro simbólico a los significantes y significados de un orden social (y cultural) hegemónico tras la dictadura (y también en parte fundado en tal experiencia autoritaria). Desde este momento, la cultura no se aprende, entendida como un legado pristino de la chilenidad, sino que se conquista, lo que implica la necesidad de producir el reconocimiento de códigos compartidos a través del conflicto, ahora inherente al hecho cultural. El territorio deviene cultura, y por tanto parte indefectiblemente de la lucha, cuando el individuo cruza el umbral de lo íntimo, del yo, hacia lo público, el nosotros. Su voz alcanza un estatus diferente desde el momento en que aparece encarnada en los sujetos que interpretan la Plaza como un ágora democrática, ajena a la representación política, vivida en primera persona, a un paso del sueño de la democracia participativa que es imaginada como parte constitutiva de una república ideal. El encuentro sin mediación, de la televisión o las redes sociales, fagocita al individuo y lo convierte en otra cosa, imponiendo a su subjetividad una preocupación por lo común. Uno va solo o en pequeños grupos, pero vuelve hecho muchedumbre, asentando en la memoria reciente convicciones que no existían, ni podían formarse desde el hogar o barrio, y funda en la memoria futura heroicidades y mitologías propias de la efervescencia multitudinaria, la cual se activa en su forma extrema o más intensa de cuando en vez, de forma impredecible y siempre en sus contenidos irrepitible. Nuevas contiendas, nuevos conflictos vendrán, pero nunca la plaza será la misma, pues las territorialidades están en permanente cambio, entre el envejecimiento y la renovación.

6 O podríamos sugerir “territorialidades” para observar la combinación entre territorios, subjetividades y prácticas.

A decir de Angelcos y Méndez, los conflictos urbanos son “una expresión de la movilización contra un modelo de desarrollo urbano favorable a los intereses del capital” (2017: p. 101). Esto sucedería por la amenaza a ciertas poblaciones, pertenecientes a clases bajas e igualmente medias altas⁷, de un desplazamiento social o espacial que denominan “descualificación territorial”. En una clave similar, las disputas por el territorio podrían ser entendidas como luchas frente al “desplazamiento cultural”. Al respecto, tendría un particular protagonismo el vector que empuja a favor de la re-centralización de la cultura popular⁸, con un papel más destacado en términos de levantar y dar forma a las demandas colectivas, estando a menudo implícita en la movilización. Entonces, la protesta puede ser entendida como una oportunidad para normalizar repertorios culturales hasta ahora marginales o producto de marginación. Tomar el espacio urbano es una forma vívida de restaurar la posición central de la cultura popular. En este sentido, se puede comprender que las movilizaciones, por disruptivas que sean o parezcan, pueden expresar el valor que ciertos territorios de la ciudad tienen para los que protestan, abriendo la posibilidad de que una transformación consensuada sea también apropiada por los que ahora destruyen el mobiliario del lugar. Se podría afirmar que muy probablemente no odian lo público, sino la imposición de un orden que no contó con su participación y, por tanto, no les pertenece. El arrumbamiento urbano o exclusión territorial contradice de forma inapelable el relato de la ciudadanía republicana, vaciando de contenido las grandes palabras de las constituciones y los discursos públicos. Las reivindicaciones políticas y éticas llegan al territorio y necesariamente deben proyectarse en el mismo si se quiere construir un futuro compartido, de las territorialidades al territorio, del conflicto a la cohesión, de las culturas a un demos creíble simbólica y ritualmente unificado en un grado suficiente.

7 Un breve tratamiento de la participación en las protestas de las clases de los barrios acomodados de Santiago puede encontrarse en Gayo y Méndez (2021).

8 Puede verse una tesis sobre la reinterpretación y, como parte de ello, creciente marginalización de la cultura popular en Chile en Gayo (2020).

3 Más que una práctica incorporada, una estética táctica y descarnadamente política

Las disputas territorializadas nos hablan de un demos plural a la búsqueda de referentes comunes, de un cambio de piel en los valores efectivos, y ahora no efectistas, de la República que lucha por nacer a expensas del viejo orden enraizado en un conflicto de clases y un imaginario político del consenso, o del “concierto”, que se intenta dejar atrás. Las multitudes que caminan por las calles hacia el centro neurálgico de Santiago de Chile, que se toman la plaza Italia/Baquedano y la renombran con el sustantivo Dignidad, que inundan la Alameda, principal avenida del país que conduce desde dicha plaza hasta el edificio del Gobierno, el Palacio de La Moneda, utilizan el arte como un dispositivo central de expresión de las consignas⁹. Como consecuencia, se forma un acervo artístico de la protesta, un patrimonio del cambio, pronto historia colectiva que comienza a ser analizada y también valorada en términos estéticos. No se trata, por lo tanto, de un capital cultural que introyectan los individuos inconscientemente, sino de un ejercicio planificado muy racionalmente que contribuye al desenvolvimiento táctico de la lucha “callejera”. El arte sale del museo y de los circuitos propios de la cadena de valor de su producción (galerías, centros culturales, libros de fotografía) y convierte las calles dañadas en una exposición temporal de creatividad sin límites, reivindicando la ruptura social a través del escarnio de los pasados gobiernos, el Estado y las fuerzas de policía, junto a la denuncia de la violencia, el cultivo del individuo movilizado y el ensalzamiento de términos que van componiendo el léxico del futuro perseguido. Como ha sucedido en muchos otros momentos en la historia, el arte se vuelve político, cumple la función que tanto le reclamó el socialismo, y la política rebelde se pronuncia a través de formas estéticas que impactan y encantan visualmente, convenciendo al que transita de que esa es la causa

9 Para entender la relevancia del centro de la ciudad de Santiago, suscribo la afirmación de Fernández-Droguett cuando indica que “los movimientos sociales y la ciudadanía en general reconocen este entorno como un espacio político fundamental” (2017: p. 106).

correcta. Frente a las palabras represivas del Gobierno, unos carteles que ridiculizan al Presidente; frente a la violencia policial, una performance feminista. El arte inunda lo público con un propósito descarnadamente político.

Podríamos estar tentados simplemente a asentir frente a una noción de espacio público como el conjunto de lugares por los que transitamos como ciudadanos, o incluso que son de propiedad pública. Sin embargo, lo que se puede entender como un espacio público “político” es un territorio mucho más acotado. Las múltiples y variadas investigaciones realizadas durante el período del “estallido social” o a propósito del mismo, se centran de forma mayoritaria, sino casi unánime, en el caso de la plaza Baquedano/ Dignidad. Sobre la base de la memoria y de gestas políticas y deportivas previas, este lugar emerge como el epicentro de la movilización santiaguina, y en buena medida chilena también. La rotonda vehicular que la caracteriza y su entorno se convierten en el escenario por antonomasia de la protesta. Una vez constituido y legitimado el territorio de lucha, las escenas que se verán durante las largas fechas de marchas, cantos y enfrentamientos no pueden escapar de una comprensión de la teatralización del lugar, incluida la presencia de actores principales (la “primera línea”, “Spiderman”, el “perro matapacos”, entre otros), generalmente anónimos, y el público a la manera de transeúntes que observan y que pueden ser parte de la movilización o no dependiendo del día o las circunstancias. Por supuesto, la obra necesita un guión, por desordenado que sea, y un decorado, y este contenido sustantivo será aportado singularmente por la contribución a la construcción escénica que realizarán formas de arte.

Serán justamente los contenidos políticos de la revuelta “artisticados”, lo que comúnmente se entiende como un arte politizado, los que ayudarán a crear decorados escénicos multicolores y generalmente efímeros. Esto es, no se trata de arte reinterpretado, sino de creaciones explícitamente creadas para el propósito de la confrontación. En consecuencia, un “estallido artístico” acompañará la movilización anti-neoliberal con una “revuelta creativa”, al unísono de las necesidades imperiosas del conflicto junto a la creatividad política de los manifestantes. Este encaje arte-política

se observa muy bien en el recuento que realizan Márquez et al. en los muros del metro Baquedano, sito también en la plaza Dignidad y patrimonio central de aquellos que se mueven por la ciudad desde los años 70 del siglo pasado. En la observación que realizan, encuentran que “el tipo de arte urbano que predomina en la muestra es el grafiti (82%)... le siguen el afiche con un 13%” (2020: p. 107). Asimismo, de acuerdo con los hallazgos de esta misma investigación, habría cuatro idearios principales transmitidos a través de dicho trabajo creativo: 1. el feminismo y temáticas de género, 2. el veganismo, ecologismo y similar, 3. el anticapitalismo y anarquismo, y 4. la necesidad de avanzar hacia un proceso de elaboración de una nueva constitución (Márquez et al., 2020: p. 113).

El decorado relativamente espontáneo, o hecho por una miríada de manos, no tiene tanto el propósito de embellecer, sino principalmente de transformar la escena limpia previa, asociada a un orden en decadencia o disputado, para crear las condiciones simbólicas, y con ello también emocionales, que potencien los actos de protesta que allí suceden. En otros términos, la teatralidad presente en la plaza intenta servir para cambiar al que pasa por esta experiencia, generando un vínculo con las transformaciones mayores que inspiraron su llegada. La plaza es un lugar que representa a otros muchos sitios, a los que pretende llegar mediante el retorno a casa del que se moviliza allí. En este sentido, debe ser un lugar que hable por otros lugares, despojándose de su personalidad y alcanzando el estatus onírico y metafórico del que representa a un pueblo. El arte decora y cubre los muros tatuando la ciudad de forma efímera en la materialidad arquitectónica, pero con aspiraciones de producir inscripciones¹⁰ permanentes en el sentido común de justicia del militante por la causa de la necesidad de un nuevo régimen político y económico.

10 Con una perspectiva “semiótica socio-espacial”, Le Bert y Soto (2021) proponen la noción de “inscripciones callejeras” para entender los mensajes que son desplegados por las calles santiaguinas, particularmente en la plaza “Italia-Baquedano-Dignidad”, con el objetivo de expresar “el malestar de vivir bajo una subjetividad liberal” (p. 69).

Hoy el arte se hace presente en la vida cotidiana de formas inesperadas, en una concepción distante de cualquier idea de exposición y preservación museística, de lucro asociado a su valor de cambio y de eternidad. Es un arte para la lucha, de uso corriente, un afiche que vuela entre las ruedas de los autos que convergen y pasan, un lienzo que cuelga a destiempo deteriorado por el sol, un grafiti partido a la mitad por la inscripción de nuevos mensajes, quizás propios de la publicidad del mercado regular. Efectivamente, esto nos hace reflexionar a propósito de lo que sucede cuando el transeúnte que observa se va de la plaza, es decir, ¿la función del arte termina en la movilización?, ¿es un arte simplemente para la plaza? En la medida en que la producción artística nos habla de lo que sucede en el epicentro de la protesta, cuando los vasos comunicantes entre política y arte funcionan a la perfección, del enfriamiento de la movilización también se podría colegir la muy probable muerte del sentido de lo allí creado. Si la cultura de la transformación social necesita de la efervescencia de la masa movilizada, la imposibilidad de sostener un conflicto masivo permanente implica que debemos conciliar con viejos hábitos, los propios de un orden cotidiano donde el individuo recorre la ciudad en solitario, orientado por el binomio hogar/trabajo, y el arte debe encontrar otros momentos, nuevos lugares y materialidades para su verosimilitud dentro del marco de las necesidades cotidianas. En todo caso, si no hay regreso a la vieja “normalidad” (Márquez et al., 2020), tampoco puede haber un mero retorno del arte al museo. Si se ha constatado la fuerte politización de dicha producción, después no se puede simplemente sostener que estamos restringidos a entender sus objetos como producto del genio o las derivas de teorías estéticas. Es justamente esto lo que debe resolverse en la nueva normalidad, o normalidades, cuando lleguen. El capital cultural es una perspectiva para la comprensión del hecho artístico como un fenómeno social, pero no es la única y difícilmente podrá reclamar hegemonía hermenéutica alguna. En cualquier caso, lo que parece probable es que se consolide una noción de lo que podríamos llamar un “arte inclusivo”, propio de

“espacios dignificados”¹¹, condición para ser digno del que allí vive o el que por allí pasa. Al respecto, se podría decir que los “indignados” españoles estaban en esa situación porque tenían un fuerte sentimiento de dignidad personal, mientras los movilizados chilenos van a la búsqueda de la misma. El indignado europeo se refiere a un otro, el sistema, los políticos, las políticas liberales. De forma distinta, la construcción de dignidad en Chile es un proceso ciudadano que exige al entorno institucional crear las bases para su emergencia. El arte intenta contribuir a producir estas condiciones reconociendo al movimiento como motivo central de su producción, ajeno a materialidades y formas de exposición de la alta cultura. El arte efímero es el arte de la transformación social, produciéndose y desapareciendo, a menudo latente, al ritmo de lo que la contienda requiera.

Al igual que las tecnologías de la comunicación han transformado profundamente las ontologías del espacio y el tiempo¹², incrementando de forma hiper-exponencial la velocidad del contacto entre “hablantes”, la multiplicación de las informaciones recibidas y enviadas que la nueva ecología humana hace posible reduce al mismo paso la significación de cada una de ellas, a menudo empequeñeciendo la relevancia de las que usualmente eran grandes noticias o eventos. El hecho de que el tiempo de atención se reduzca debido a que las personas deben gestionar enormes volúmenes de información no es una dificultad puntual o algo anecdótico, como si el verdadero yo estuviese protegido de dicho tránsito. Se trata de un rasgo cultural estructural del nuevo tiempo. En otros términos, todo es efímero, pero no en la lógica histórica de la *longue durée* y su indefectible dialéctica entre lo novedoso y las ruinas, sino en el microtiempo de las horas y los minutos, en la *brefdurée*, la instantaneidad de la nano-atención. La temporalidad de lo evanescente, de lo condenado a desaparecer al poco tiempo llega a la creación plástica como un arte

11 En una dialéctica histórica con las razones de su producción, entre ellas la “indignación” producto de la crisis económica global, a decir de Navarro et al. (2021).

12 Para un análisis de las nuevas realidades relacionadas con las prácticas culturales y la experiencia de vivir en la ciudad, puede verse Gayo et al. (2021).

efímero y desechable, cuya funcionalidad se agota en el póster callejero del momento o el mural fortuito de la protesta. No es un ejercicio anti-artístico, sino el gran arte del *zeitgeist* de las TICs. Es hoy y en la calle el día de la exposición. Mañana será otra cosa. A propósito de dicha temporalidad, si la cultura ha sido tradicionalmente entendida como una dimensión permanente de la realidad, frente a otras más volátiles como la economía o incluso la política, su división en instantes efímeros desata la duda sobre su continuidad, eventualmente haciendo implosión lo social desde sus bases enraizadas en lo predecible, cuestionado ahora como historia oficial o patrimonio elitista.

4 La “méconnaissance” entre paréntesis: nuevas reglas del juego para un nuevo tiempo

La “méconnaissance”¹³ es un tipo de conocimiento basado en el olvido con el que el individuo entra en el mundo social alienado del sentido de su construcción (Bourdieu, 2000). Aunque puede adquirir múltiples formas (el regalo, el mérito, el genio, como ejemplos), se puede sostener que en la tradición crítico-marxista, incluido Bourdieu, estamos ante un fenómeno principalmente atribuido al subordinado, parte de una lucha sin fin que da lugar a la sociedad en la forma en la que es vivida y percibida. En esta versión, ignorar sepulta generalmente al dominado. Sin embargo, des-conocer el conocimiento hegemónico, del dominante, para proponer como saber público aquél que procede de una experiencia comúnmente no teorizada, al margen de las instituciones educativas, y diligentemente expulsado de las universitarias, consiste en un ejercicio finalmente subversivo del orden propuesto por el binomio saber-poder. Los nuevos saberes desestabilizan las reglas del juego, haciendo emerger actores que reivindican reconocimiento desde una matriz epistemológica marginada por siglos de burocracias ilustradas, vinculadas comúnmente con conocimientos abstractos y/u orientados a la gestión de la *res publica*. En este sentido, de

13 En la traducción al inglés que utilizamos aquí, la denominación es “misrecognition” (Bourdieu, 2000: p. 142).

un modo muy diferente a la teorización bourdieuana, la “méconnaissance” es el resultado de la efectividad del ocultamiento que ejercen los poderes establecidos del acervo de saberes potencialmente contra-hegemónicos. Es decir, la méconnaissance es un dispositivo del poder para conservar su posición, en lugar de una mera forma de estar en el mundo, como una fenomenología distorsionada, sino errada, de la cultura popular.

Dicho de otro modo, la violencia simbólica propia de un paradigma socio-político de dominación vinculada a la falsa conciencia se debilita ante un actor de matriz popular que reivindica su saber y rechaza viejas verdades como constructos torcidos a favor de la política neoliberal que hermanó a dictadura y democracia en un peligroso devenir histórico, adoptando la apariencia de un bloque histórico gramsciano de derechas, una revolución retrógrada impuesta desde la fuerza de las armas. Toda convicción sobre lo que se podría concebir como una “subaltern-misrecognition” desaparece mediante la movilización masiva e interclasista de ciudadanos que denuncian la falsedad de la neutralidad de unas reglas del juego para pensar en torno a las que, renovadas, deben regir un nuevo tiempo. En ese sentido, la adhesión al discurso meritocrático como *illusio*¹⁴ se triza. El mérito, y el demérito igualmente, estalla en fragmentos no necesariamente coherentes entre sí. La cultura del mérito se evalúa a sí misma, y todavía no existe una clara solución hacia adelante. Se abre un proceso reflexivo e iterativo, de prueba y error, relativo a la dominación en el que de una lógica de los ciudadanos para el Estado parece que transitamos a un nuevo régimen inspirado en un *leitmotiv* invertido, el Estado para los ciudadanos, como énfasis de una transición de democracia restringida y débil a una democracia amplia y sólida, de la representación a la participación, de la metáfora a la realidad, de la promesa al hecho. Sin embargo, los significantes culturales son a menudo metafóricos, representativos, como ya es sabido desde Saussure (1945) al menos, imposibles de ser reducidos a la cosa misma. Este es el cruce actual de la cultura en Chile, la

14 En la obra de Bourdieu, la noción de *illusio* es conceptualizada como tomarse en serio la disputa dentro de un campo específico (Bourdieu, 2000: p. 11).

que mostrando aversión a cualquier forma de “méconnaissance” debe ser capaz de adaptarse, y con frecuencia liderar, los cambios sociales al mismo tiempo que enfrenta la imprecisión o incompletitud de relatos neo-románticos que con palabras emocionadas necesariamente prometen algo que no se puede cumplir a cabalidad. La plaza “Dignidad” es un primer momento de un léxico que pudiera comenzar a asentarse, abriendo las puertas para nuevos términos y glorias patrias de un frontis republicano que requiere renovarse, con la convicción de que su fin último no es de esta tierra.

5 Conclusiones

La cultura se encuentra hoy en Chile a la deriva, se podría decir que felizmente. Lejanos los años de los mitos revolucionarios del socialismo, sus causas se multiplicaron en las últimas décadas de dictadura y democracia. Es por ello tentador utilizar su plural, las culturas. Gays, sindicalistas, feministas, pobladores de tomas de terreno en los arrabales santiaguinos, retornados del exilio, migrantes, jóvenes soñadores de un país con bienestar europeo occidental, transeúntes que miran y reflexionan cabizbajos de camino al trabajo un día más, adultos mayores que jamás creyeron ver algo así, todos juntos marchando, o mirando el televisor atentos, en un “melting pot” sin raza ni color étnico destacado, más allá de banderas mapuches para la táctica cotidiana.

Asociado a ello, a menudo las imágenes de los que protestan producen una percepción caótica, de violencia, cacofonías estéticas y desorden urbano. Es por ello que se podría concluir que existe evidencia para sostener que estamos al borde de un momento de retroceso cultural del país. Las instituciones públicas y privadas atacadas (municipalidades, cuarteles de Carabineros, edificios corporativos), las iglesias quemadas y las batallas entre manifestantes y los grupos de operaciones especiales de la policía transformaron radicalmente la concepción de un país estable en un Chile convulso sin paliativos.

Sin embargo, la implosión, todavía no consolidada, de un orden previo llevó a un proceso reflexivo de carácter colectivo que

tuvo expresiones “constructivas” variadas y de profundo calado en la subjetividad de la comunidad que las produce. Al respecto, la creación artística tomó la bandera de lucha del cambio social mediante un ejercicio profuso de colonización de los muros de la ciudad con su mobiliario público “derruido”. En las ruinas de sus calles deshechas florecieron artistas anónimos a través de afiches baratos y caligrafías de combate. Sin apenas discursos oficiales, al modo de los que pronunciara tantas veces Salvador Allende emocionado, una masa interclasista y abigarrada tomó forma y permaneció por largas semanas reivindicando un nuevo Chile de mínimos comunes. El proceso, sólo parcialmente detenido por la pandemia del Covid-19, continúa y será el porvenir el testigo del lugar al que llegó la cultural del país, quizás en la forma de un consenso de identidades variadas y evidentes, con un arte múltiple también a su servicio, regulado por reglas públicamente ponderadas, o al menos ajenas a la violencia simbólica de la sociedad de clase que las vio nacer y contra la cual adquirieron vida.

BIBLIOGRAFÍA

ANGELCOS, Nicolás y Méndez, María Luisa. “Struggles against Territorial Disqualification. Mobilization for Dignified Housing and Defense of Heritage in Santiago”, **Latin American Perspectives**, Issue 214, Vol. 44, No. 3, May: pp. 100-112, 2017.

ARAUJO, Kathya. **El miedo a los subordinados**. Santiago: Lom, 2016.

BAROZET, E.; CONTRERAS, D.; ESPINOZA, V.; GAYO, M.; MÉNDEZ, M.L. **Clases medias en tiempos de crisis: vulnerabilidad persistente y desafíos para la cohesión social en Chile**. CEPAL (Naciones Unidas), 2021.

BECK, Ulrich; BECK-GERNSHEIM, Elisabeth. **Individualization**. London: Sage, 2002.

BENNETT, T.; CARTER, D.; GAYO, M.; KELLY, M.; NOBLE, G. **Fields, Capitals, Habitus. Australian Culture, Inequalities and Social Divisions**. London: Routledge, 2021.

BOURDIEU, Pierre. **La distinction**. Paris: les Éditions de Minuit, 1979.

BOURDIEU, Pierre. **Pascalian Meditations**. Cambridge: Polity, 2000.

CARDONA, Santiago; CARVAJAL, Jonny Fernando. Cuerpos en espacio urbano: conflicto y arte posmoderno, **Revista Colombiana de las Artes Escénicas**, 9: pp. 294-301, 2015.

CAULKINS, Matthew; FONTANA FLORES, Mauro; ARACENA HREPIC, Felipe; COBOS FONTANA, Mabel. Territorios en disputa: la apropiación del espacio urbano tras el estallido social del 18/O. El caso de la plaza de la Dignidad, **Persona & Sociedad**, Vol. XXXIV, n° 1: pp. 159-183, 2020.

ERIKSON, Robert; GOLDTHORPE, John H. **The Constant Flux. A Study of Class Mobility in Industrial Societies**. Oxford: Clarendon Press, 1993.

FERNÁNDEZ, R. El espacio público en disputa: manifestaciones políticas, ciudadanía y en el Chile actual, **Psicoperspectivas**, 12(2): pp. 28-37, 2013 .

FERNÁNDEZ-DROGUETT, Roberto. La producción social del espacio público en manifestaciones conmemorativas, Santiago de Chile, 1990-2010, **Eure**, vol. 43, n° 130, septiembre: pp. 97-114, 2017.

GAYO, Modesto. El individuo frente a la sociedad o el *western* sociológico, **Estudios Públicos**, 147: pp. 263-279, 2017.

_____. **Ideología, moralidades y reproducción social**. Santiago de Chile: Ed. La Pala, 2017.

_____. **Clase y cultura. Reproducción social, desigualdad y cambio en Chile**. Valencia: Tirant Humanidades, 2020.

_____; MÉNDEZ, María Luisa. La movilización de los jóvenes "cuicos" entendida desde procesos de socialización. En: ALÉ, Sol; DUARTE, Klaudio; MIRANDA, Daniel (editores). **Saltar el torniquete. Reflexiones desde las juventudes de octubre**. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, capítulo 4, sección 2: pp. 124-129, 2021.

_____; _____; RADA KOVICH, Rosario; WORTMAN, Ana. **El nuevo régimen de las prácticas culturales. Espacio, desigualdad y nostalgia en las metrópolis del Cono Sur contemporáneo**. Colección del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile, Ril editores, 2021.

GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Marco. El tiempo del espacio disputado. Santiago de Chile durante la Unidad Popular, **Revista Izquierdas**, 50, enero: pp. 1-16, 2021.

KEISTER, Lisa A. **Getting Rich. America's New Rich and How They Got That Way**. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

LE BERT, Juan; SOTO, Maximiliano. Inscripciones callejeras en tiempo de malestar: un análisis etno-semiótico de imágenes del estallido social en

Chile. **Sur y Tiempo. Revista de Historia de América**, n° 3, enero-junio: pp. 66-85, 2021.

MANZI ZAMUDIO, Gabriela. La ciudad de Santiago resignificada como corporeidad comunicacional temporal en tiempos de estallido social, **Arquitectura Efímera**, Vol. 38, n° 57, enero: pp. 162-181, 2020.

MÁRQUEZ, Francisca. Por una antropología de los escombros. El estallido social el Plaza Dignidad, Santiago de Chile, **Revista 180**, 45: pp. 1-13, 2020.

_____; COLIMIL, Marcelo; JARA, Daniela; LANDEROS, Víctor; MARTÍNEZ, Catalina. Cuando las paredes hablan. Rastros del estallido social en el metro Baquedano, Santiago de Chile, **Praxis Arqueológica**, Volumen 1, Número 1, septiembre: pp. 98-118, 2020.

MÉNDEZ, María Luisa. Las clases medias en Chile: transformaciones, sentido de pertenencia y tensiones entre distintos proyectos de movilidad. En: FRANCO, Rolando, HOPENHAYN, Martín; LEÓN, Arturo (coordinadores). **Las clases medias en América Latina: retrospectiva y nuevas tendencias**. Buenos Aires: CEPAL, Siglo XXI, capítulo 5, 2010.

MÉNDEZ, María Luisa; GAYO, Modesto. El perfil de un debate: movilidad y meritocracia. Contribución al estudio de las sociedades latinoamericanas. En: FRANCO, R.; LEÓN, A.; ATRIA, R. **Estratificación y movilidad social en América Latina. Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo**. Santiago (Chile): LOM, CEPAL (Naciones Unidas), capítulo 3: pp.121-157, 2007.

MÉNDEZ; GAYO. **Upper middle class social reproduction. Wealth, schooling and residencial choice in Chile**. Palgrave Macmillan: Cham, 2019.

NAVARRO DE PABLOS, Javier; NAVAS CASTILLO, Daniel; PÉREZ CANO, María Teresa. Ciudad y lucha: la plaza como altavoz social. Parámetros urbanos y sociopolíticos en la ocupación del espacio público iberoamericano. **Eure**, vol. 47, n° 141, mayo: pp. 183-206, 2021.

ORTEGA FREI, Eugenio. Los partidos políticos chilenos: cambio y estabilidad en el comportamiento electoral 1990-2000. **Revista de Ciencia Política**, volumen XXIII, n° 2. pp. 109-147, 2003.

PIKETTY, Th. **Capital in the Twenty-First Century**. Cambridge:Harvard University Press, 2014.

PNUD. Desarrollo Humano en Chile. **Nosotros los chilenos: un desafío cultural 2002**, Santiago de Chile, 2002.

PURHONEN, Semi; WRIGHT, David. Methodological issues in national-comparative research on cultural tastes: The case of cultural capital in the UK and Finland. **Cultural Sociology**, 7 (2): pp. 257-273, 2013.

RENNA GALLANO, Henry. La situación actual de los movimientos sociales urbanos. Autonomía, pluralidad y territorialización múltiple. **Revista Electrónica DU&P, *Diseño Urbano y Paisaje***, Volumen VII, N°20, Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje, Universidad Central de Chile Santiago, Chile, Agosto: pp. 1-11, 2010.

RODRÍGUEZ MANCILLA, Marcelo; VARGAS MUÑOZ, Roberto; CONTRERAS OSSES, Paulo; QUIROZ ROJAS, Rodolfo. Rebelión social en la ciudad. Notas sobre significaciones políticas del octubre chileno. **Universitas**, 33: pp. 201-224, 2020.

SAUSSURE, Ferdinand de. **Curso de lingüística general**. Buenos Aires: Losada, 1945.

TIRONI, E.; AGÜERO, F.; VALENZUELA, E. Clivajes políticos en Chile: perfil sociológico de los electores de Lagos y Lavín. **Revista Perspectivas**, Departamento de Ingeniería Industrial, Universidad de Chile, vol. 5, n° 1. pp. 73-87, 2001.

TORCAL, M.; MAINWARING, S. El conflicto democracia/ autoritarismo y sus bases sociales en Chile, 1973-1995: un ejemplo de redefinición política de un cleavage. **Revista Española de Investigaciones Sociológicas**, n° 103. pp. 51-82, 2003.